

Cenizas en tu cama

Juan Felipe Lozano Reyes

Ya no hay fuego esta noche. La llama se acaba de consumir y ella está sentada en la cama, esperando. Con los ojos cerrados, esperando. El fuego había crecido desde la tarde anterior cuando dos fieras se entrelazaban. Se sentían y se devoraban. Su pasión había incendiado las sábanas y tuvieron que tirarlas al suelo para que no murieran calcinados. Afortunadamente solo se quemaron las sábanas porque eran solo ellas las que habían sentido de primera mano la fuerza ígnea: el resto del cuarto solo podía imaginarla.

Su figura se deslizó por la habitación. Recogió algo del suelo y de pronto estaba lista: ya era otra. Él, por su parte, la contemplaba. Era *esa* noche. No habría más noches. No la conocería jamás. Su cabellera se revolvió por el cuarto, sus pasos resonaron como campanadas en su cabeza, un-dos, un-dos, un-dos. Ahora él está quieto como un gato y ella es el Mundo. Tic tac, el tiempo pasa, y el carbón de mil incendios se amonтона en el suelo: sabe muy bien que esa hoguera no se volverá a encender. Pero valió la pena.



Ella trae una infusión. “Para que me olvides”. Él la toma sin miedo; no desconfía, es un niño en brazos de una madre desconocida. Sus ojos titubean mientras su cuerpo no se mueve cuando ella saca su billetera del pantalón extendido en el suelo. Se va. Y ahora solo mira por la ventana pensando en que tal vez ella ya sea otra y el fuego esté calcinando otra cama. Y las estrellas se van apagando, una tras otra tras otra...